

LA APPASSIONATA

(CUENTO)

Del Libro de Cuentos «Amorims», recién publicado por la «Editorial Pegasus».

Para comprender verdaderamente a una mujer hay que mirarla, no escucharla.

OSCAR WILDE.

Cuando el tío de Belcha, mi novia, me invitó a concurrir a su casa para enseñarme las curiosidades traídas de Matto Grosso, fui llevando una premeditada indiferencia hostil por lo sobrenatural y milagroso.

—Conversaremos — dijo — y beberemos... Probará usted de una bebida extraordinaria.

La tertulia fué en el comedor. Al recorrer con la vista el mobiliario singular, y los singulares cuadros y estampas, descubrí encima de un trinchante barroco y obscuro, una larga botella destapada. El señor Carlos Montero, — así se llamaba el tío de mi novia, — sorprendiéndome mirando la caprichosa botella. Aproveché mi afanosa curiosidad para recalcar:

—Beberemos; beberemos de lo mejor que se elabora por aquellos mundos.

Y, mientras me enseñaba un hacha aborigen, un pedazo de madera petrificada y algunas extrañas frutas secas, fué sirviendo, en vasos chatos de grueso vidrio, un licor amarillo y espeso.

No me invitó a beber. Se puso a jugar con un agu-

do punzón de talabartero, clavándolo reciamente sobre la mesa.

Carlos Montero descubrió una vez más mi curiosidad. Al sorprenderme, se limitó a sonreír y a hacer silencio. En seguida encendió una rara lámparilla que había cerca de la botella, apagó las luces de la lámpara mayor y, como resuelto a llevar a cabo un acto premeditado, exclamó casi con regocijo, frotándose las manos:

—Ahora, Enrique, bebamos... — Y se llevó el vaso a la boca.

Cuando ingerí un trago del contenido amarillo y empalagoso, continuó:

—Aproveche... No se le presentará otra ocasión semejante... Esto no daña a nadie, es extraordinario... Y, con viveza, prosiguió: Bébalo todo, ya verá, ya verá usted qué efectos produce...

Escancié el último trago con desconfianza. (¡Oh, bien sabe usted, querido Carlos, todas las absurdas historias que contaban de su vida por aquellas feraces tierras brasileñas... Perdóne usted que haya interpretado mal su insistencia).

—No le hallo ninguna semejanza con las bebidas que he probado — dije para provocar una explicación satisfactoria.

—Miel silvestre y alcohol de maíz — se explicó. — También zumos de frutas silvestres... En resumen: no puede prepararse en estas tierras...

Continuó hundiendo el agudo punzón sobre la mesa... De repente dijo:

—Extraño, sin duda alguna, es el efecto que produce... De lo más raro, rarísimo, digno de estudio.

—¿Embriaga?

—No, aísla en la cabeza un solo pensamiento... El menos interesante, a veces. Otras, embriaga las demás ideas, — las tontas por ejemplo, — dejando

una sola en salvo, la más importante... En estos casos el efecto es halagador y benéfico...

—¿No produce daño?

—Absolutamente ninguno. Daño físico, se entiende, si no calificamos de daño esa inquietud que puede ocasionarle la idea fija.

—¿Es peligroso?

Carlos Montero creyó que le hablaba con sorna. Se puso de pie, y mirándome con rara mirada, me invitó a salir:

—Vamos por los barrios suburbanos. Hallaremos una plazuela desierta donde esperaremos los efectos... ¿No lo cree usted?

No recuerdo que tontería contesté. Salimos. Ambos silenciosos, hostiles, sin saber por qué... Yo iba recordando que el tío de Belcha había pasado dos años ausente en plena selva de Matto Grosso, y que no comenzaba a relatarme sus aventuras. En vista de su obstinado silencio, quise romper su mutismo. Y tuve fuerzas para insinuarle:

—Hable usted... y, ¡esas aventuras!... ¡Ya sé que las ha tenido muy curiosas!...

No se molestó en contestarme. Sacudió la cabeza, se rascó atrás de la oreja, tosió, y eso fué todo. Mi hostilidad subió un par de grados en el termómetro de mi paciencia. Me dije resueltamente: No seré yo quien le ruege.

De pronto me preguntó:

—¿Ha leído usted algo sobre esas regiones?...

—Nada.

Seguimos silenciosos. La bebida amarilla calentaba el estómago. Aún conservaba en la boca el sabor a la miel. Me sentí mareado. Andábamos por un barrio afónico del lado Sur de la ciudad. Carlos Montero iba con la cabeza baja. Hacía con la boca un ruido muy especial, como si masticase una pastilla de

goma. A hurtadillas yo iba adivinando los gestos del tío de mi novia.

—¡Anota usted sus viajes, sus peripecias!...

—¡Para qué! No vale la pena... los grandes acontecimientos no se olvidan... En cuanto a las menudencias...

Mi pregunta quizá le hizo pensar en algo muy lejano, pues suspiró como si, al hacerlo, se alejase de donde estábamos. Pensé que mi pregunta habría intimidado al hombre y dejé que ordenase la historia... Pero nada, ni una sílaba.

La bebida amarilla se hacía sentir en el estómago. ¡Aislar una idea, fijarla como obsesión!... Me preguntaba. Por momentos todo me parecía una burda ocurrencia.

Estábamos en el centro principal de un barrio obrero. Un pesado y obscuro rebaño de gente salía de una fábrica. Montero permanecía callado. El mutismo de mi compañero fué, poco a poco, pareciéndome una cosa natural.

El sol, ocultándose entre las casas bajas de aquel barrio suburbano, iba vistiéndolo las fachadas con una sutilísima túnica ahumada. Dada la impresión, el caserío, de una hoja arrebatada por el fuego, doblándose y ennegreciéndose. Aquí y allá, dispersos en simétrica perspectiva, los miserables farolillos intentaban robarle luz al sol agonizante y otoñal. Seguíamos mudos, estúpidamente mudos. El silencio guardado con avaricia, como si temiésemos gastar las palabras, era en mí como una mano empeñada en apretarme los sesos. Montero, por momentos, parecía pisar con rabia. Los ojos míos, de cansados, se me iban de las órbitas, por el milagro de los hilos tendidos de mis miradas largas... Deambulaban, desde mi cabeza hasta el punto de mi visual, como pequeños equilibristas sobre un par de hilos de acero... El díaño

silencio comenzaba a entrarme por los oídos, como un ruido sordo y fastidioso.

Dejamos de caminar por la vereda, para andar por el medio de la calle. Tal vez el cambio, pensaba, le incite... Fué en vano; el motivo de la conversación no apareció...

Los zaguanes, conducían nuestras miradas hasta los patios, corazones miserables de las casas pobres. Ojos curiosos y hoscos nos observaban al pasar. Debíamos llevar caras muy estúpidas. Sentía el cráneo vacío, desprovisto de toda preocupación, y aunque recordaba a mi novia, la tarea y mis versos, nada llegaba a inquietarme, como lo amenazase Montero. Sin duda el silencio se encargaba de limpiarnos las ideas de la cabeza, preparando el terreno para los efectos de la bebida. Iba poco a poco sintiéndome huérfano de todo pensamiento. Las caras de las gentes del barrio me parecieron interrogantes... Para el observador perspicaz, seríamos dos hermanos de vuelta del trabajo, o dos viejos amigos que todos los días se ven... Las viejas amistades, porque sí, sin razón de ser, se parecen a los matrimonios, en que no saben nunca qué decirse...

Nos internamos en una callejuela en pésimo estado, poblada de charcos de agua sucia. Me sentí repentinamente mal. Hice ademán de detenerme. Montero no se dió cuenta o se hizo el torpe... ¡Iría él también, preso de la misma mano brutal que apretaba mi cerebro?

Al enfrentar un charco de lodo, Montero se detuvo. Dió un salto; y, cuando yo hacía otro tanto, me asaltó con esta pregunta:

—¿Cuándo piensa casarse, amigo?

Me dejó afechado. El silencio, religiosamente sostenido en su mutismo extraño, había estado — sin duda alguna — robusteciendo la andax pregunta. Aprove-

chó el accidente callejero, que nos había como despertado, para asaltarme con semejante y tamaña indiscreción... Si Montero vió mi dura mirada de respuesta y le pareció la cosa más natural del mundo, es el hombre de más aplomo que he conocido.

Inmediatamente trájeme la curiosidad de Montero en cinco palabras. Ellas acentuaron como grave inquietud, revestidas del tono de suprema preocupación.

—¿Por qué no me caso? ¿Por qué no me caso?

Resonaban las preguntas en mi cabeza vacía, como suenan en las alcancías escuálidas las dos últimas monedas. Miré hacia atrás y vi a Belcha, la cual repetía: ¿Por qué no te casas?... .

Allí estaba, a mis espaldas, con sus ojos negros de mora dolorosa, enormes y profundos; sus labios siempre húmedos, no sé si de besos o de promesas de futuro; la frente tersa y despejada; las mejillas rosa, de un rosa especial solamente de ella... En la obscuridad de la calleja seguía preguntando: ¿Por qué no te casas?... .

La bebida, pensé, me está haciendo ver visiones... Seguía el ardor en el estómago. Un ardor no del todo agradable... Las preguntas asaltaron mi cabeza, limpia de toda preocupación. Era el licor amarillo. No cabía duda.

Montero se alejó convenientemente. Habíamos llegado a la plazoleta que servía de recreo al tío de mi novia, desde su arribo a Buenos Aires.

Nos sentamos un momento. Montero en un banco, yo en otro... No pude más y me levanté.

—Oiga usted, — dije impaciente, — su bebida ¿que efectos produce?

—Aguarde usted unos instantes, ya aparecerá la idea fija... No hay por qué afligirse...

—Y, este silencio, ¿qué significa? ¿A qué viene todo esto? — insistí fastidiado.

—Si no hablaba, era por efecto de la bebida. Yo ya voy por el segundo período de la crisis. ¿A usted no se le ha ocurrido nada?

—No, nada, — y, recalqué malhumorado: — ¡nada, nada!...

—Mejor que nos separemos. Tómese un coche y... ¡abur!... Yo no puedo conversar.

No valía la pena ¿o no pude contestarle? Nos dimos la mano. Cuando se había alejado un trecho, sentenció:

—Ya tendrá en qué pensar...

Desde la plataforma de un tranvía, parecía repetirme todavía la audaz pregunta que taladraba mi cabeza:—¿Por qué no se casa?...



Con las manos en los bolsillos, ensimismado, aguardé unos minutos. La pregunta se encargaba de roer mi cerebro, de hacer inquietante mi mundo interior...

Pasó una simplota muchacha cariampollada... Recorrí con los dedos de ambas manos las costuras de mis bolsillos. Hallé los agujeritos de siempre. La hilacha anudada del bolsillo izquierdo, el ovillito de lana, del derecho, la mitad de un mondadiante, las puntas reforzadas de la billetera... Los dedos de las manos se entretenían, pero mi anonadamiento e indecisión eran cada vez mayores. No me atrevía a dar un paso, herido por los dardos de las preguntas apremiantes... ¿Por qué, — decíame mordiéndome las palabras — por qué no me caso?...

La pregunta no podía ser más tonta; pero reflexionaba al mismo tiempo, que jamás se me había ocurrido pensarla con tanta intención y poniendo tal cantidad de fuerzas para alcanzar la respuesta. Mi espíritu luchaba por adueñarse de la razón.

Cuando más enredado estaba con mis ansias, una empleadita bien plantada y de mejor busto, con su taconeo coqueto y apresurado, me hizo volver al mundo de los cuerdos. La miré pasar torpemente y no se me fueron los ojos tras de ella... La idea fija me impedía todo movimiento instintivo, martillando en mi cerebro las cinco palabras de la pregunta.

Apareció Belcha una vez más. Entonces, divagué de esta manera: Me mira muy hondo... Yo le doy vuelta la cara, quiero cambiar la idea. Llamo un coche que está detenido a unos pasos. Subo con él. Trato en vano de distraerme. Me digo: Debes distraerte; olvidar la locura de Montero; no pensar en la pregunta... Pero al hacer esta reflexión, es indispensable que piense en la pregunta... Y, vuelta a las andadas. Me tiro en el asiento del coche. Soy un fardo pesado, un saco que contiene la más pesada de las ideas... Le grito al cochero: ¡Al centro!... Y cierro los ojos, aprieto los párpados... Un aire frío me acaricia... ¡Congelará la idea fija este airecillo helado! Inclino el cuerpo hacia adelante... La bebida arde como una llama en mis entrañas. Entonces comencé a hacer un psicoanálisis. Freud me ha enseñado a proceder así... Tengo los ojos cerrados. Esto ayuda a pensar. Miro para adentro. Iluminan los párpados cerrados. Y me digo todas estas cosas como si estuviese embriagado:

Hace cuatro años que observo a Belcha en todos sus momentos. Diario examen minucioso de todos sus gestos, el cual me llevará al pleno conocimiento del alma de mi enamorada. Sabré de sus defectos, como de sus bondades, por el dominio de sus gestos. Sus mejores momentos son míos desde tiempo atrás. Sé de memoria, con claridad, la cara que pone mi novia ante un gatito blanco; ante una jaula con un canario; ante un sabueso de imponentes cuernillos... Sé con certeza la cara que pondrá al ver pasar un mendigo... Cuando el sabueso, juntará las cejas; ante el mendi-

go, abrirá los ojos para dejar que su alma piadosa se asome a verlo pasar; delante de un pájaro, o al ver un delicado animalito, cerrará casi del todo, los ojos, como si fuese a soñar — y en la comisura de los labios, tendrá dos hoyuelos encantadores... Yo siempre acecho sus gestos como si tuviese hambre o sed de sus gestos... Pienso que ante un ocaso siempre pone la misma cara; ante un cuadro que le agrada, sonríe como ante un ocaso. Y, así eternamente, soy el avaro de los gestos y de los modales de Belcha.

Nada en ella es falso. Yo reverencio su fidelidad. Sentiré más hondamente un paisaje hoy que mañana, pero repite su gesto magnífico de placer... (El coche sigue andando, paso a paso del jameigo). Sus momentos de odio — sigo pensando, — de bondad, de asco, todos, sin excepción, los tengo catalogados en mi memoria... A veces la sorprendo y la digo: Piensas en Fulano... ¡y, seguramente que acierto!

Todo lo que voy pensando es para responder a la pregunta apremiante. Recuerdo que en otras personas he hecho experimentos sobre los gestos. Por ejemplo: yo sé la cara falsa que adopta un amigo mío al hablar con su padre; cómo saluda mi amigo Alfredo a una muchacha inglesa; la cara de mi amigo Juan Antonio al comenzar un relato truculento; el gesto de mi talentoso tocayo, el humorista, cuando amenaza una humorada... Como suelo marearme al estudiarlos, utilizo a veces gestos ajenos al tratar a la gente. Los químicos se queman las manos en los ácidos con que operan... Soy, en mis casos, un señor deshonesto, que hurta los gestos a los amigos.

El coche ha llegado a mi casa. Sentado en un diván, sigo con el hilo de las memorias, guía que me conducirá a la verdad.

Y, pienso en el diván: Belcha poco a poco va entre-gándose sus gestos con suma habilidad. Una riqueza enorme de gestos, poseo. Son ellos variados, de colo-

res fuertes, los unos; otros de colores tenues, delicados, todo un magnífico espectáculo de colores.

Vuelvo a pensar en la pregunta del tío de Belcha... Si ella me entrega con tanto arte sus estados de espíritu, reflejados en sus gestos, ¿por qué no me caso? Ahora me daña la pregunta. Contengo el aliento. Me parece que ya doy con la clave. Cierro con fuerza los muslos como si atrapase una invencible doncellita... Temo que mi boca blasfeme; que la carne mía se desprenda de mis huesos; que pierda el hilo de mi divagación... ¿Estaré embriagado?

De pronto, como por encanto, siento la inquietud de la respuesta en mi cabeza. Hay pasos silenciosos por los senderos de la memoria. Alguien se acerca en un camello cabalgando, portador de la verdad, de la respuesta. ¿Cómo se anuncian las palabras, por los floridos caminos del pensamiento? Vienen anunciándome como el viento. Primero es una brisa; después el eco de algo lejano; más tarde es el mismo viento, son las mismas palabras que dan aklabonazos en las puertas de todas las posadas... La respuesta a la pregunta de Montero es ésta, me digo: No me caso porque me falta descubrir en Belcha el más sutil, armonioso y feliz de sus gestos. Cuando en el piano tocan la "Appassionata" de Beethoven, Belcha sonríe, sonríe... ¿Pero cómo sonríe, con qué gracia, con qué felicidad!... Adueniéndome de ese gesto la tendré por entero...

—¡Oh, cómo, cómo sonríe!...

Me sentí dichoso. La bebida amarilla y empalagosa había hecho el milagro.



Desde aquella memorable noche de mi entrevista con el tío de Belcha, asistí con mi novia a todos los conciertos que se efectuaban en Buenos Aires. Fue en el invierno de 1923. A todos asistimos; tal fué mi odi-

sea por alcanzar la verdad de aquel delicado y magnífico gesto emocional de mi novia. La famosa sonata del inmortal músico es el ordeno, que él dedicara al conde de Brunswick, allá por los años de 1806, ha sido el motivo de una de las más grandes inquietudes de mi vida.

¡La "Appassionata", la "Appassionata"!... En vuelta en la fabulosa urdimbre de sus notas, Belcha se transformaba en una débil criatura bella y vencida. Su gesto era entonces imperceptible... Era idéntico al que hiciese en cierta ocasión, pero no podía precisararlo. Estaba, sin embargo, convencido de que alguna vez Belcha había sonreído en la misma forma. Aquella gracia no me era desconocida, pero ignoraba de dónde provenía. La dulzura de aquel gesto emocional, en otra ocasión me había hondamente conmovido... ¡Pero dónde! ¿por qué! ¿cuándo!

No perdimos un solo concierto. Belcha halló motivos para pensar con desconfianza de mi cordura, al ver la insistencia mía en oír la sonata 57 de Beethoven. Y, una noche, al participarles a su madre y a Belcha mi deseo de responder a la invitación de un amigo de Olivos y asistir a una audición íntima que en casa de éste daría Numa Rossotti, Belcha accedió con un gesto malicioso.

—Mi novia me dijo misteriosamente:

—Oiremos la "Appassionata", ¿verdad?

La miré un momento, y luego me repuse, respondiendo con indiferencia:

—Creo que los dueños de casa han rogado al pianista que incluya esa sonata en la audición...

Y fuimos a Olivos a oír a Numa. Yo cifraba todas mis esperanzas en aquella audición íntima.

•••

Belcha se sentó a mi derecha. La madre de mi novia, ajena como ella a lo que yo tramaba, esperó sin

impaciencia el comienzo, departiendo con la solícita dueña de casa.

El recital iba ya llegando al final de la primera parte, a la que remataba la ejecución de la "Appassionata". Pasaron largos segundos de ansiedad. Acallados los aplausos y elogios, Numa dejó caer sus brazos, en un gesto de abandono. Eran aquellos brazos, como dos índices imponiendo silencio. Se hizo un vacío en la sala, como si el piano fuese el único ser animado. Numa colocó sus manos sobre el teclado. Sus brazos eran como dos ríos que, partiendo del lago sereno del corazón, se derramaban sobre el teclado en cataratas de temblores... Afiné mi percepción. Clavé los ojos en Belcha, quien estaba quizás lejos de mis locos propósitos.

Llevé las manos hasta la falda de mi novia, donde descansaban sus manos. Las entregó como dos flores que hubiese cortado para encantarme. Cuando la sonata comenzó, no parpadeaba, parecía una estatua. Se sentía sola, en espera de algo sobrenatural.

Al posesionarse Numa del piano, yo me adueñé de mi novia. No podía escapar... Mi atención se multiplicó. Belcha se recogía en sí misma. Ella era todo oídos. Numa era todo Beethoven. Entre Belcha, Numa y Beethoven el alma mía, loca como una abeja sedienta, revolando... En mis ojos, podía verse mi espíritu acechando el gesto para atraparlo.

Mi novia hondamente suspiró, y, arqueando las cejas, hizo un gesto casi imperceptible, sutilísimo, que llenó de repente toda mi vida de un enorme recuerdo. Volvía, de pronto, todo un pasado magnífico. Me adueñé de su gesto; busqué al punto el correspondiente momento anterior en la historia de nuestros amores, y así supe cuándo y dónde Belcha había sonreído con tanta dulzura... Una ojeada me bastó para releer la página escrita por un beso mío... Mientras sonaba en el pia-

no el alma de Beethoven, Belcha sonreía, sonreía para el amor y para el alma de Beethoven.

Se extinguió la sonata... Y, en la sala, el recuerdo de aquel día, en que Belchá sonrió como Monna Lisa, era como el eco de la música.

Descansé. Belcha era mía. ¡Enteramente mía!



Cuando por primera vez besé las marfilinas manos pequeñas de Belcha, levanté mis ojos hasta los suyos. Lo que allí dentro encontré la tarde de mi beso aún ardía en sus ojos como una llamita inextinguible... ¡Solamente la "Appassionata" podía inspirarle delicia semejante!...



Ponte las manos en la nuca, Belcha, y sonríeme y bésame y vuélcate toda entera en mí... Sonríeme; tu sonrisa es de mujer y es de enigma. Ponte las manos en la nuca, entrecruza tus dedos, bésame... Si ves que ya no te alcanzo, que casi no estoy contigo por ir en busca de algo tuyo que está muy lejos, sonríe, sonríe con las manos en la nuca! Así, como si escondieses un secreto entre tus manos, sonríeme libremente, que ya no quiero beber más del licor amarillo para saberte toda.

Ponte las manos en la nuca y sonríeme. No iré afán en busca de tus gestos, no intentaré beber de aquel melífero licor para aislar una idea. Te quiero extraña, desconocida, lejana; y si mañana una música como la "Appassionata" te hace sonreír como ahora, cuando te beso al sorprenderte con las manos puestas en la nuca, no temas, Belcha, no te descubriré.

Ponte las manos en la nuca y sonríeme... Que tu secreto tenga, para ti, su explicación en tu sonrisa. Y que tengan tus manos, para mí, la sugestión de un secreto grande y hermoso, cómo una herida abierta que no sangra... ¡Y que yo siempre ignore por qué es herida y por qué no sangra!...

Ponte las manos en la nuca, y sonríeme...

ENRIQUE M. AMORIM.